

PESADILLAS ESPAÑOLAS

EL CACIQUISMO

Diálogo pesimista

Yo soy a veces, lectores, un hombre insociable; un poco desafiado; un poco pesimista... Y entonces, cuando la vida se obstina en «arrastrarme» por ese amargo cauce de pesimismo desolado, gusto de sumirme en el sosiego de un recogimiento absoluto, esmaltado de supremas altiveces... No me entero de nada...; «no quiero» tampoco saber nada... «No hay mejor Destino—reza un viejo libro sagrado de la India, el Darmanapoda—que la existencia individual, ni bienaventuranza superior al reposo...» No obstante, asalta de vez en cuando mi espiritual fortaleza algún amigo que se complace en verme, en charlar conmigo unos instantes, y yo, entonces, me entero de algunas cosas de «mi pueblo», ¡de este depauperado pueblo que nunca supo volar sobre las nubes!

—¿No has visto tal cosa, no sabes tal cosa...?—interrogame uno de estos amigos...

—No he visto nada, no sé nada...
—Acaso te halles en lo cierto obrando así, pero no puedo imitarte...

—Haces mal; es este uno de los pueblos en que están más atrofiados los espíritus, en que triunfa más ruidosamente el estrecho sentido de las bajas realidades; no hay en estas gentes, en la imaginación enteca de estas gentes, ni un ligero conato de idealismo, ni una audacia de pensamiento, ni un hervor de alma. Aquí resultaría Sancho Panza un Don Quijote... No se dan exaltaciones puras, desinteresadas y nobles; se dan, tan sólo, apetitos...

Este buen compañero, con quien tan apaciblemente dialogo, ha abatido unos instantes la cabeza sobre el pecho, como embebecido en meditaciones complicadas; él, que es un temperamento sencillo, propicio al eterno optimismo, se ha contagiado, siquiera sea fugazmente, con mis desesperanzadas reflexiones. Sin embargo, la vena de su entusiasmo todavía incólume, le hace reaccionar de súbito, y con acento trémulo y ademán vivo, grita:

—Sí, sí... Todo lo que tu quieras, todo... Reconozco que en el alma del pueblo, de las muchedumbres anónimas hay defectos casi congénitos que restan fuego a los arrebatos de más hondo altruismo, a los impulsos más sagrados; que depravan la voluntad y la inteligencia; que hay mucha falta de sensibilidad, de epidermis... Reconozco todo eso, todo eso... Ahora bien: existe algo concreto, definido, contra lo cual la lucha de todos al unísono, y de la juventud principalmente, pudiera ser de mayor resultado, de más inmediata eficacia... ¡Quiero referirme al caciquismo, raíz de todas las corruptelas, eje de todas las miserias, foco de todas las iniquidades...! Extirpado este morbo, con la energía que actualmente se despliega a tal fin, la vida nacional se habrá purificado, la atmósfera política cesará de ser irrespirable. Los delegados gubernativos que recientemente han de instalarse en los partidos judiciales de España, nos facilitarán esa labor de «descuaje», de «poda» caciquil...

—¡Otra quimera...! ¡Otro exceso de candor...! La devoción por el cacique es una ponzoña tan filtrada en la sangre del pueblo, como otros vicios de idéntico abolengo; es ¡nada menos! que el hábito del servilismo aleteando a través de toda nuestra Historia... Es un trágico problema hereditario, como ha dicho un caracterizado paladín de las izquierdas, Verdes Montenegro, que «el cacique es un Atila para las pesetas ajenas...» No; yo no digo tanto. Lo que sí afirmo es que podrán ser los caciques más o menos tiranos, más o menos crueles o más o menos tozudos, pero serán siempre ¡siempre!, una pesadilla torturante, una sombra siniestra que a toda persecución escapa... Y en cuanto a la participación que en esta empresa atribuyes a la juventud, sólo he de advertirte que la mayor parte de los jóvenes de hoy no son jóvenes...

—Acaba de explicarte, aclárame esa paradoja...

—La explicación es sencillísima. Digo que la mayor parte de ellos, salvando honrosas excepciones, no son jóvenes, porque carecen de lozanía ideológica, de abnegación, de generosidad, de espíritu rebelde, y gustan, más que de flagelar al cacique, de adularle... En los hechos que la realidad constantemente nos brinda, reside la comprobación amarga de mi tesis. Escucha las palabras que sobre este mismo extremo ha dicho una de las mentalidades españolas más espléndidas: «La juventud debe ser romántica, idealista... La juventud antipática, despreciable, odiosa, descorazonadora, es aquella que solo se mueve por egoísmos, por ventajas, por intereses... Los que por estas cosas batallan no son jóvenes: no pueden serlo aunque tengan pocos años...» El admirable talento de Zola, de aquel Emilio Zola único, cuyo naturalismo sublime no ha sido aún debidamente asimilado en una comprensión verdadera, fulminó también su apóstrofe magnífico: «¡Juventud, juventud...! Hace falta que seas humana, que seas generosa, y que estés siempre con la justicia...» Ahí tienes, querido amigo, explicada mi paradoja...

—Sutilezas, nada más que sutilezas... A mí, dando de lado a todo género de alambicamientos, lo único que me parece es que debe ser derrocado el caciquismo, y que ahora puede serlo...

—A mí también me parece que «debe» ser destruido; comparto tu opinión íntegramente: lo discutible, lo dudoso, es si «puede» serlo...

—¡Pues no ha de poder serlo...! Y una vez humillado, una vez deshecho, ¿sabe la suerte que le aguarda...! Aquí de la terrible imprecación de Breno: ¡Vae victis...!

—¡Ojalá fuese así; pero sin abominables venganzas, sin enconos, sin odios...

—Lo será, lo será indefectiblemente, desterrándose de una vez, con ese colosal enemigo, la mayor parte de las injusticias; el bienestar de la sociedad, desaparecido el aciago monstruo, será un hecho, y los hombres serán libres, ¡libres!, como libre será también la tierra...

—¡Cuidado, mucho cuidado con la libertad, que es un concepto en demasía quebradizo, en el cual ha de darse, como en todos los derechos, el uso, pero no el abuso... Suponen muchos que la libertad es el desenfreno de todos los instintos, de todas las pasiones, siendo, en esencia, precisamente lo contrario, es decir, «la limitación, la reducción del propio individuo, de las facultades individuales, en pro del bien común, en beneficio de la totalidad social...» Y esto es factible sostener respecto de la libertad de la tierra, —que no radica en el «cambio de manos» sino en la «supresión de la propiedad» de la misma— aspiración por otra parte que no tiene nada de moderna, puesto que ya en Esparta y Atenas preocupó a Solón y a Licurgo este problema colectivista, y sin embargo, bajo distintas formas de propiedad, —según las civilizaciones de cada época— ¡la tierra continua siendo esclava...!

—Pero desde entonces acá, el mundo ha progresado enormemente...

—¿Enormemente...? ¡Bah...! ¡Qué fácil me sería demostrarte lo contrario...!

—No carecen tus afirmaciones de todo fundamento: más no consigo fraternizar con tus juicios...

—Bien quisiera yo pensar de otro modo, y poder así brindarte, como lema de tus nobles arreos, ya que todo esto viene a consecuencia de la invasión del cacique—ese funesto símbolo nacional— las siguientes estrofas de uno de nuestros vates contemporáneos más notables:

«... por los hermanos que a extranjeras playas llevaron sus tristezas y derrotas, por esa vana lucha en que desmayas, por ese nulo esfuerzo en que te agotas, ¡pon en alto la voz de tu derecho y eleva el corazón al heroísmo, hasta que ruedes, ante tus pies, deshecho, el lobo fantasma del caciquismo...»

—Así, así deberíamos proceder todos... El cacique es nuestro tirano; el que «escamotea» nuestra personalidad, nuestros derechos; nuestro pundonor, y en ocasiones nuestra hacienda; el que nos oprime, el que nos extenua, el que nos veja, el culpable de que no seamos todos respetados, todos dignos, todos iguales...

—¡Iguales ante la ley, se entiende ¿no es eso?

—Ante la ley, y ante otras muchas cosas...

—No me sorprende tu «manera» de opinar... En nuestro siglo, ciertamente, ha encarnado la inquietud igualitaria, lo mismo que en el siglo pasado encarnó la inquietud legalista; un formidable genio español, Pi y Margall, vaticinó que el siglo XX lucharía por la igualdad, como el siglo XIX peleó por la libertad... La Revolución francesa dejó la clave de la igualdad irresuelta, y por ello las eficacias de esta Revolución se reputan hoy—como las «históricas» teorías socialistas de Karl Marx ante la Tercera Internacional de Lenine—un poco anticuadas... Acerca de todo esto, amigo mío, tengo yo mi opinión particularísima, que por no fatigarte demasiado me abstengo de ampliar... Hay que ser razonable, no sectario...

—Pues yo quiero luchar y lucharé...
—Pues se te crucificado en la lucha...

—¡No impones el «propaganda» doctrinaria pura; no caeré rendido, en la liza, caminaré con la vista en alto, siempre hacia el porvenir, siempre hacia arriba...

—«Vosotros mirais arriba—decía Zaratustra a sus discípulos—cuando aspiráis a elevaros; yo, en cambio, como estoy alto, miro abajo...» Y añadía: «No te arrastres jamás ante los poderosos...» «Desprecia las pequeñas victorias...» «Aprende a estar preparado y maduro cuando llegue el Gran Mediodía, la gran victoria; preparado y maduro como el bronce candente, como la nube henchida de relámpagos...»

—Añohece... Surgen en el cielo las primeras estrellas... Hay en todo un inefable silencio... Se pone en pie mi amigo...

—Me marchó—dice—: no quiero discutir contigo...

—He ahí—replicole yo resumiendo todo nuestro diálogo—la timidez morbosa que tiene deprimida, anquilosada, rota, la voluntad del pueblo; no de un lugar determinado, no de un pueblo sólo, sino de todos los de España, y singularmente de la Mancha, de esta misérrima y escarificada estepa del inmortal Quijano ¡que ya no sabe ni soñar...!

—Pero sabrá erguirse virilmente algún día...
—¡Algún día...! Para saber erguirse hay que saber soñar; la energía necesita un impulso que la mueva, y aquí, en este páramo manchego... ¡nada! Tan sólo un «dolor» de encantamiento, de fatalismo, de Nirvana inconsciente y feliz...

—Ya, ya se romperá el hielo; hay necesidad de agitarse, de laborar sin descanso ni tregua, de remediar todo, todo, todo...

—¿Remedios...? ¡¡¡Bien pocos caben ya...!!!

—Mi amigo se ha marchado... Otra vez estoy solo... Abro las hojas del balcón... Y la Luna—muy clara, muy serena, muy abismada en el silencio palpitante de la noche—tiende sobre el paisaje mudo, un velo transparente de hechicerías novelescas...

POSTALES ALMAGREÑAS



Vista parcial de la fachada del Teatro de invierno, cuyo edificio pertenece en propiedad al Ayuntamiento, que ocupándose sólo en explotar sus rentas, no consagra todas ellas, o parte de las mismas al menos, a introducir las posibles mejoras en su «confort» y decorado, para situarle así a la altura que demandan las actuales exigencias artísticas en esta clase de Coliseos o templos dedicados al culto de Talía.

Considerados en todas las épocas de inapreciable valor para la educación espiritual de las multitudes, debemos reconocer que semejante negligencia tiene su deplorable fundamento en la «dudosa» preparación técnica y cultural de las personas que durante muchos años «monopolizaron» la dirección de nuestra vida pública local, sin especializarse previamente para una plausible gestión en este orden de iniciativas.

PAJARITAS DE PAPEL

LAS CONCHAS

Por ser el día de la Purísima Concepción, envío a las Conchas mi cordial felicitación. Dicha sin cuento os deseo encantadoras Conchitas, que amenizais la existencia con vuestras caras bonitas, que rivalizar pudieran en magnificencia y brillo, con la angelical, que ostenta la Concepción de Murillo. Es este nombre adorable netamente femenino, cual cumple a sus cualidades de frágil y nacarino, sin que se aplique al varón, pues de hilaridad me troncho, al pensar que hubiera un prócer que se llamara «Don Concho»; por eso, sin duda alguna, tiene esta festividad un intenso y penetrante olor a feminidad...

Hay «conchas» muy estimadas, de incalculable valor, que valiosísimas perlas contienen en su interior, para que luego las damas, igual jóvenes que viejas, las luzcan, engalanando su garganta y sus orejas... Otras «conchas» tienen más provechosa aplicación usándolas ciertos «bichos» como «casa habitación», con lo que a la vez consiguen vivir cómodo y barato, pues no tienen que pagar ni alquiler ni inquilinato. Se divisa un «panorama» deslumbrante y tentador, metido en la renombrada «concha del apuntador»,

pues cuando se representa en la escena una «revista», «disfruta» aquel que está en ella buenas «raciones de vista»; que tienen gran semejanza con las que muchos se dan en la hermosa y concurrida «concha» de San Sebastián, durante la temporada más calurosa del año, viendo a las bellas bañistas entrar y salir del baño... Producen, al contemplarlas apiladas en montón, las anacaradas «conchas», una agradable impresión, mas algunos, añorando sensaciones más complejas, a la vista de las conchas piensa sólo en las almejas, porque les gusta el molusco de una manera feroz, tanto si está al natural como si está con arroz... Conviene vivir alerta, porque con harta frecuencia, al tratar a las personas nos engaña la apariencia, que hay quien finge un proceder transparente y cristalino, y luego suele tener más «conchas» que un peregrino.

Yo también tengo mi «Concha», para aislarme de la gente y contemplar sus afanes tranquilo e indiferente; una muñequita rubia y nacarina, de ocho años, que consuela mi tristeza y alienta mis desengaños, a la que quiero obsequiar en su onomástico día, porque verla a ella contenta es mi mayor alegría, y pues dicen que pasión conocimiento no quita, yo les aseguro a ustedes, ¡que es mi mejor «pajarita»!

TOMÁS ALMODÓVAR

LA TIERRA HIDALGA se halla integrada por los siguientes redactores y colaboradores:

REDACCION: Manuel Camacho Beneytez, Director; David Rayo; Redactor-jefe; Jesús Gómez Rodríguez, Administrador y redactor; Tomás Almodóvar, Rufo Fernández, Alberto López, Rogelio Hernández de la Torre, G. Vicente Ruiz Muñoz, Alfredo Calvo, Luis Relimpio, Ramón Cañizares, José Almodóvar Múgica, Alejandro Alcaide Redondo y Ramón Cabañas.

COLABORACION: Alejandro Alcaide, Carlos Calatayud, Angel Dotor, Francisco Tolsada, Luciano de Gea, Ramón Carande, Miguel Sánchez Migallón, Francisco Morayta, Arturo Gómez Lobo, Ramón Solano, Manuel Tomé, José López Barberán, Antonio Aguado Marinoni, Ramón Ordóñez Beixer, José Ramón Quesada, Claro Goello, Manuel Gómez Mourón, José Martínez Ruiz, Mercedes Pinto, Manuel de los Ríos Mosquera y Antonio Alarcón Capilla.

Manuel Camacho Beneytez